

# ***Comerse un cuento:* A PROPÓSITO DE IDENTIDADES, LITERATURA Y GASTRONOMÍA**

## **RESUMEN**

Por medio de las relaciones que se pueden establecer entre la literatura y la gastronomía se explora la manera mediante la cual se conforma la identidad nacional costarricense.

**PALABRAS CLAVES:** locución, cuento, gastronomía, literatura, identidades.

## **ABSTRACT**

By the way of how relationships that can be established between literature and gastronomy, it explores the way by how it conforms to the national Costa Rican identity.

**KEYWORDS:** locution, short story, gastronomy, literature, identities.

*“Por de contado que la mezcla de la literatura y la cocina es  
mezcla agradable...”.*

*Alfonso Reyes, Diez descansos de cocina.*

**Leonardo  
Sancho Dobles**

*Magister Litterarum* en  
Literatura Latinoamericana.  
Profesor Asociado de la  
Escuela de Estudios Generales  
de la UCR y del  
Programa de Maestría en  
Literatura  
del Sistema de Estudios de  
Posgrado UCR.  
Realiza estudios doctorales  
en la Universidad de Navarra,  
España.  
leo\_sancho@hotmail.com

## **El universo verbal y las metáforas culinarias**

*¡No coma cuento!  
¡Se va a comer el cuento!  
¡Qué cuentazo!  
¡Se lo tragó enteritico!*

Estas son apenas unas pocas locuciones que han derivado de la metáfora popular *“Comerse un cuento”*; igual sucede con otras muchas metáforas –en las que el sentido de una palabra se trueca por el de otra– como aquellas otras que están arraigadas en el habla cotidiana y también hacen referencia



a la alimentación y a la ingesta y desplazan el sentido hacia otras dimensiones y que van mucho más allá de lo que los límites del significado original permitían: “*¡Se la hartaron viva!*”, “*Te voy a comer a besos*”, “*Lo devoró con la mirada*”... Las relaciones que se tejen entre las locuciones, el habla popular patrimonial, la gastronomía y la literatura despliegan una curiosa red de metáforas, significados y significaciones, que establecen nuevos y diferentes giros al sentido original de las palabras. En las páginas sucesivas se lleva a cabo un recorrido por una veta de esa red metafórica en la que se entretrejen el habla popular y cotidiana, la gastronomía y la literatura, las identidades y el patrimonio cultural; a lo largo de ese recorrido por el universo metafórico de la gastronomía y la literatura se entrelazarán diferentes textos que tienen alguna relación con los discursos culinario, literario e identitario con el propósito de establecer un diálogo

discursivo e ilustrativo sobre esta temática.

El lenguaje cotidiano se construye a partir de una red de metáforas –entre muchas otras– alimenticias y de sabores que se toman de la cotidianidad y se llevan al plano de la vida diaria, por ejemplo: “*está tostado*”, cuando se quiere decir que una persona no está cuerda y se ha pasado de un punto preciso; “*es un pan de Dios*” se utiliza con frecuencia para referirse a la nobleza de alguien en particular; o bien, para definir el carácter de una persona, se suele hacer referencia al sabor y se dice que “*es una persona muy dulce*” o bien “*¡Qué amargada!*”; para representar el matiz pasado de tono de un chiste se utiliza la metáfora “*un chile picante*” o “*rojo*” con lo cual –mediante la sensación del gusto– se indica el efecto que podría tener en la audiencia; y, finalmente, la metáfora visual con la que se homologa un cuerpo hermoso y atractivo al decir “*ricurita*” cuando se hace necesario recurrir a una sinestesia para desplazar el deleite del atractivo visual hacia el goce del paladar.

Cuando alguien se come, o traga, un cuento no es que ingiera un relato y lo lleve a su digestión para alimentarse y saciar el apetito; *comerse un cuento* es una metáfora, que parte de una locución verbal, en la que se entremezclan hábilmente la literatura y la gastronomía para dar a entender que alguien es un incrédulo y se cree fácilmente lo que le dicen, algo así como *tragarse el cuento*. Pero, en realidad... ¿qué se come cuando se come un cuento?, ¿qué es lo que de veras se ingiere cuando se traga un cuento? Y... ¿por qué un cuento? *Comerse el cuento* viene a ser una locución verbal en el habla coloquial costarricense –y en otras partes del mundo de habla hispana– que significaría “creerse fácilmente algo que no es cierto”; está instaurado en el habla coloquial y popular como la metáfora de tragar o ingerir una historia bien armada, estructurada y planeada. *¡Y yo que me tragué el cuento enterito!*, particularmente cuando se trata de algo que no es verdadero, una trampa o un engaño. *Comerse un cuento*, entonces, es caer en un engaño y ese engaño responde a un plan organizado, bien estructurado y breve, por eso es que precisamente se trata de cuento lo que se ingiere y no otro tipo de estructura literaria, como una leyenda, un poema, una crónica o una novela. *Creerse todo el cuento* es dejarse seducir con facilidad por la magia y las trampas del lenguaje, del relato y del engaño, en apariencia fácil; sin embargo, se trata de un engaño muy bien estructurado y articulado.

El habla cotidiana de lengua española está plagada de metáforas, dichos, refranes y demás locuciones que hacen referencia a la alimentación, a la comida y a la ingesta: “*Las penas con pan son buenas*”, “*La comida sin pan, ni en el infierno la dan*”, “*Con buena hambre, no hay mal pan*”. En las culturas hispanohablantes son

innumerables los refranes que hacen referencia al pan como: *"Es más noble que el pan"*, *"Al pan, pan y al vino, vino"*, *"Contigo, pan y cebolla"* –por citar apenas unos pocos– o como dice el mismo refrán: *"Los pobres tienen más coplas que ollas y más refranes que panes"*, y un largo etcétera verbal donde siempre se exalta la nobleza y la sencillez del noble alimento, pues la esencialidad del pan conforma apenas una constelación en el universo de las metáforas construidas con alimentos. Y no solo los alimentos conforman metáforas en galaxias significantes, además el acto de comer y de alimentarse, digerir e indigestarse, tragar o devorar, también prestan sus significados para ensanchar las fronteras del sentido, como, por ejemplo: *"Devorar un libro"*, *"Me devoré la novela de una sola sentada"* o *"Comer a besos"* o tener gusto a un sabor diferente como *"Tener un sabor amargo"* o *"Tenía un gusto tragedia"*.

En la lengua se inventan metáforas, ya sea a manera de refrán popular o de una elaborada metaforización del lenguaje, y esos nuevos significados se instalan en el mundo de la literatura y los de libros. Algunas de estas construcciones verbales, que particularmente hacen referencia a la alimentación –y lo que ella encierra como los alimentos en su forma de ingredientes, y la acción de alimentarse, ya sea comer, tragar, o digerir, además de los hábitos alimenticios–, se filtran de manera curiosa y muy variada en los textos literarios, y en ese bien habido maridaje entre la literatura y la gastronomía se puede rastrear –desde lo elemental, esencial y lo más íntimo– un sinnúmero de voces que dan cuenta de una manera particular de interpretar el mundo, de leer la realidad y de construir la identidad y la cultura.

## **Un maridaje bien habido: literatura y gastronomía**

Las relaciones que se establecen entre el discurso literario y el discurso de la gastronomía son múltiples y muy variadas. A partir del texto literario, las referencias a la alimentación dan cuenta de la cotidianidad de la vida desde uno de los espacios más íntimos, para muestra sirvan nada más dos citas que han trascendido el espacio de la novela de la cual forman parte: *"La mejor salsa del mundo es el hambre; y como ésta no falta a los pobres, siempre comen con gusto"* y la otra *"Come poco y cena más poco; que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago"* decía el hidalgo ingenioso don Quijote a manera de elaboración metafórica en el inmortal texto cervantino; pero también llama la atención, en el libro, que el mismo personaje de don Quijote construye su identidad a partir de lo que él se alimenta. Es más, en el texto cervantino quien fuera el hidalgo se da a conocer por *"Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lantejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda"*. Desde el primer párrafo del libro, Cervantes establece claramente quién es el personaje a partir de lo que consume y se alimenta; se trata de una suerte de documento de identidad que le sirve *A quien leyere* para establecer el *"Dime que comes y te diré quién eres"*. A partir de este primer párrafo inicial se van a hallar en la novela de Cervantes una buena cantidad de refranes y de elaboraciones metafóricas que evidencian la manera mediante la cual el maridaje





entre gastronomía y literatura refiere una particular forma de concebir el mundo y de dar a conocer la sociedad y el contexto más íntimo en el que el texto literario se inscribe y, a la vez, escribe.

A lo largo de la historia de la cultura, el enlace que se da entre la literatura y la gastronomía ha dado algunos buenos resultados; ambos son una manera de arte, el de combinar armónicamente palabras, estructuras y sentidos, y el de mezclar con ingenio ingredientes, temperaturas y sabores. Por otra parte, tanto la literatura como la gastronomía son placeres, son discursos que están fundamentados en una retórica particular en una técnica como arte del bien decir, o una técnica y arte del buen comer o guisar. Se trata de codificaciones complejas, de lenguajes que dicen algo, transmiten una idea o un sentimiento. Un texto escrito

–sea literario o no, y fuera del género que fuera–, al igual que un guiso o platillo preparado de manera especial, cierran el circuito de la comunicación y hacen que el mensaje finalmente llegue a un destinatario particular y le ocasione un efecto. La literatura y la cocina producen reacciones, como lo plantea el escritor y gastrónomo español José Manuel Vilabella: *“La creación culinaria es equiparable a la creación literaria y una receta original y divertida puede ser tan sustanciosa para el alma como un buen soneto”*. (Vilabella, 2001: p. 179). Los efectos, las reacciones –además del placer y el gusto– que produce una creación ya sea literaria o culinaria pueden ser innumerables. Por otra parte, muchas veces un platillo viene adornado con una serie de palabras que sazonan su sabor, puede tratarse de una receta guardada con recelo, un plato sofisticado que representa la herencia patrimonial de una familia o, bien, por la fama que precede a quien lo haya cocinado. En ocasiones, cuando se prueba un guiso, también, junto con él, se está comiendo y saboreando la fama simbólica e histórica que lo acompaña.

Como se puede notar, a lo largo de la historia de la literatura, de la gastronomía y de la cultura se ha dado un entrelazamiento del arte culinario con el arte literario; es decir, al formar parte del discurso literario, la gastronomía o la culinaria evidencian las prácticas de cada cultura desde uno de los espacios más íntimos, la cocina, donde no entran todas las personas convidadas pero desde donde sí salen hacia los espacios sociales los guisados, los platillos y las viandas para agasajar al “otro” y con ello sellar los lazos y darse a conocer. El guiso que sale de la cocina es la cédula de identidad de quien recibe en su hogar, como bien lo plantea la estudiosa del tema Marjorie Ross: *“La cultura culinaria es un sistema de símbolos, expresión de las estructuras más inconscientes de cada pueblo, por medio del cual le otorgamos significado a nuestra propia existencia alimenticia”*. (Ross, 2009: p.33). A partir de la cocina, y su traslación metafórica o referencial en el texto literario se pueden rastrear también aspectos del patrimonio y la identidad culturales. Son rasgos patrimoniales porque es lo que se hereda, se trata de tradiciones, costumbres, morales intangibles que van pasando de mano en mano, de receta en receta, de cuadernillo en cuadernillo, de boca en boca, o de cuento en cuento. A la misma vez, son signos de identidad cultural porque son elementos que cohesionan y diferencian al mismo tiempo; se utilizan para mostrar pertenencia a un grupo, para el reconocimiento y, también, sirven para marcar límites imaginarios en la frontera con los otros, la alteridad, la diferencia.

El maridaje entre la literatura y la gastronomía da cuenta de la conformación de las identidades culturales desde lo más íntimo, lo más cercano a la nacionalidad y se



va heredando de generación en generación como huella patrimonial de lo que se es y de lo que se quiere llegar a ser.

“Se es de una región y de un lugar, se pertenece a un clan, a una tribu o a un grupo, pero, sobre todo, las vinculaciones duraderas hay que buscarlas en los paisajes, en los acentos y en las recetas de comida; estamos unidos a lo cotidiano, a la liturgia de la mesa camilla, al café del desayuno. La patria, lo sagrado, es lo diminuto, lo rutinario; es la sopa, el pan, el vino y la morcilla que nos dan cuando nos dan morcilla” (Vilabella, 2001: p. 72).

En esta gustosa relación que se da entre el arte de preparar una comida, o el arte de guisar –la gastronomía– y el arte de tejer con significantes y construir mundos imaginarios a partir de las palabras –la literatura–, se traslucen los signos más elementales que son necesarios para construir una manera particular de ser y de vivir, es decir, son los signos que se utilizan para elaborar una identidad propia.

### **“De ningún modo, quédese usted a comer con nosotros...”**

En la literatura nacional costarricense hay algunos relatos o cuadros de costumbres que dan cuenta de los procesos de conformación de las identidades a partir de prácticas culturales cotidianas como la alimentación; precisamente, se trata del momento en el cual las primeras letras comenzaban a utilizar referencias de personajes y situaciones propiamente costarricenses; estas referencias a personajes auténticos surgen en el proceso de conformación de las identidades nacionales, que se comienza a llevar a cabo durante la segunda mitad del siglo XIX como consecuencia de la entrada a la vida independiente y que genera en el país una serie de símbolos y de emblemas –ya sean héroes, gestas, monumentos, edificaciones, himnos o banderas– que se consolidan como elementos identitarios. En esos primeros relatos costarricenses ya se establecen los rasgos y las características que perfilan y definen la identidad nacional. Un ejemplo curioso –en el cual el contexto culinario se filtra en el texto literario– es el relato “¿Quiere usted quedarse a comer?”, publicado en 1896 por Manuel González Zeledón, Magón, escritor e intelectual a quien todavía hoy sigue considerándose el canon o el modelo nacional de cultura y desde el cual se escriben e inscriben los rasgos que identifican al costarricense y a la sociedad y la cultura en la que se desenvuelve. Por lo demás, estaría bien recordar también la conocida polémica que se suscitó por esos años en torno al nacionalismo en la literatura a partir de la cual se instaura un modelo de personaje denominado “nacional” en las letras costarricenses.

Dentro del argumento del relato de Magón mencionado, el dueño de una casa humilde, don Benigno, convida a una visita importante, don Toribio, a quedarse a comer porque está lloviendo mucho y no es conveniente que se marche en ese momento. El anfitrión *“con cara de viernes de cuaresma y todo demudado”*





(González, 2001: p. 49) le comunica a su esposa doña Toribia que hay un invitado imprevisto a comer. Por su parte, ella le responde que no hay comida decente porque no es viernes y no hay “olla” –no queda claro si se trata de olla de carne– entonces le pide dinero; don Benigno accede y le da diez reales –lo que fuera un colón con veinticinco céntimos en otro momento– para comprar fideos, un diez de pan –porque según dice ella es muy feo poner tortillas– y comprar piecitas y zapotico. Seguidamente, la dueña de casa le da instrucciones a ña Chepa, el personaje de la señora que le ayuda en la cocina, para que vaya por las compras; mientras tanto se quema el lomo que hay en el fogón y se esparce un olor muy fuerte por toda la casa. Cuando ña Chepa regresa, doña Toribia le pide que busque a su vecina para pedirle prestados unos platos para completar la

vajilla pues la que tienen en casa está incompleta. Finalmente, y luego de miles de disculpas, los anfitriones pasan al invitado al modesto comedor; los acompaña su hijo Lalito, a quien tienen que estar reprendiendo por debajo de la mesa para que se comporte con buenos modales. En este sentido, en la escena del convite se manifiestan las maneras en las que se forja la identidad y la conciencia del lugar que se ocupa en la vida social: *“La comida en convivencia lúdica puede apuntalar una deseable solidaridad y conciencia nacionales, al mantener los elementos de la identidad sobre la superficie de la vida cotidiana, como un constante y vivificante recordatorio de quiénes somos”* (Ross, 2009: p. 40).

La descripción que ofrece el narrador sobre la manera en la que está dispuesta la mesa presenta una llamativa comparación con elementos de la geografía, pues describe el entorno de la mesa cual si se tratara de un mapa:

*“La mesa presentaba un aspecto pintoresco, mezcla de pobreza rayana en miseria y de ostentación rayana en lo ridículo. Sobre el África del mantel y disimulando desde Nueva Guinea hasta el Mar Rojo, la bandeja llena de pan francés en rebanaditas transparentes; un salero ancho rebosando sal criolla por sus bordes de vidrio fundido, cubría a medias uno de los archipiélagos, en tanto un río amarillo de huevo con afluentes de achiote iba a desembocar debajo del plato de don Benigno, ocultando su cauce entre las sombras de las cucharas”* (González, 2001: p. 53).

La comida que se lleva a la mesa en sí y los actos de servir y de comer, tal y como los refiere el cuento de Magón, constituyen una interesante radiografía de las costumbres alimenticias de la época, además de los signos del patrimonio culinario y de la identidad de quienes participan del convite:

*“El lomo no se dejaba cortar, cada fibra parecía un nervio y cada nervio parecía una correa; las papas navegaban en un mar de cebo rojizo, hasta que en un esfuerzo heroico de don Benigno lograba desprender una tajada, que con su correspondiente salsa y papa iba a dar al plato de don Espiridión, que se entretenía en hacer bolitas de miga de pan. El arroz llegó en un plato hondo con su dorada costra”* (González, 2001: p. 54).

A lo largo del relato se van entretrejiendo datos que evidencian las maneras mediante las cuales el discurso culinario se entremezcla con el discurso literario y, en ese maridaje, se dejan traslucir los rasgos característicos más íntimos de la sociedad costarricense y de la diferencia de clases sociales de aquellos tiempos,

como, por ejemplo, la utilización del fogón para cocinar, los tipos de vajilla utilizados según sea el estrato social, los olores que surgen de las ollas y sartenes y, por supuesto, los modales en la mesa

“Esto es lo que hace que las prácticas culinarias sean distintas a otras destrezas humanas. Se trata de herramientas de construcción del ser personal y social, una extensión inseparable de nuestra identidad. Después de todo, en la Antigüedad ser ‘ciudadano’ significaba participar de la cena colectiva” (Ross, 2009: p. 39).

Las referencias a los alimentos son muy concretas, van desde dulce de chiverre, sopa de guineos celes, tortillas y angú pero, a lo largo del relato, lo que el contexto culinario deja entrever son los esfuerzos de una familia humilde y sencilla por aparentar lo que no es ante un invitado casual, los pobres miserables que ostentan lo que no son caen en la ridiculez y ese es el énfasis que hace el relato. Don Benigno y doña Toribia, aunque traten a toda costa de quedar bien con don Toribio, lo único que logran ofrecer son *“unos cuantos manjares de dudosa bondad y tristísima apariencia”* (González, 2001: p. 52) como unos fideos duros, faltos de sal y abundantes de soles de manteca amarillenta, lomo en salsa de cebo rechinado, papas color de herrumbre, además de un guiso de plátano maduro con pedacitos de carne, tomates con masa y barbudos.

Hacia el desenlace del cuento –a manera de cierre chistoso– por insistencia los anfitriones logran que don Espiridión, el invitado, se beba un vaso de “postrera” –que es la última leche que sale de la ubre de las vacas y contiene mayor cantidad de grasa–. Seguidamente, ocurre la escena culminante cuando por una indiscreción de Lalito, el niño, por demostrar que sabe leer, ante el invitado intenta descifrar el nombre verdadero al cual le pertenece la vajilla prestada, su madre le da un pisotón para que no se descubra el encubrimiento, el niño reacciona inmediatamente, golpea a su padre en el brazo y hace que derrame su vaso de postrera sobre don Espiridión.

Finalmente, a manera de cierre del relato, ña Chepa, quien no se había movido de la cocina y observaba a escondidas desde el espacio privado, disfruta con toda la escena

“hartándose sentada en el quicio de la cocina, con hipo y dolor de estómago, hacía llovias de arroz que botaba por entre los podridos dientes, a impulsos de una risa inacabable, cada vez que se acordaba de las barbas llenas de postrera del infeliz don Espiridión” (González, 2001: pp. 55-56).

La ironía, la burla, el humor y otros aspectos más son bastante llamativos en el cuento y evidencian el fracaso ante la necesidad de cambiar de estatus y de mejorar las condiciones



sociales para lograr igualarse con el invitado a comer. A lo largo del relato, los anfitriones sufren porque quieren aparentar lo que no son y no lo pueden lograr. “*Dime qué comes y te diré quién eres*” es el destino y son las diferencias sociales los que juegan sus trampas y engaños, como las trampas también juegan la literatura y la gastronomía; así como también ocurre con los engaños, las trampas y las máscaras en los que cae asimismo la identidad costarricense que se ha estado forjando desde hace ya más de un siglo. No es posible, como lo pretendía la anfitriona del relato, ocultar o desplazar fácilmente el gusto de una tortilla por el del pan porque

“Lo que se cocina en nuestras casas, preparado con productos de nuestro suelo en forma similar a como lo hacían nuestras madres y abuelas, es la base de la cocina criolla de este país, original y sabrosa, que debemos aprender a valorar como parte de nuestra identidad como nación” (Ross, 2001: p. 31);

de la misma manera no se puede disfrazar y enmascarar la posición social, a la cual se pertenece, por pretender alcanzar lo que no se es porque eso puede ocasionar la molestia, la burla, la ironía por parte del “otro” quien mira la ostentación y los esfuerzos por aparentar como una mala broma o una falsedad ridícula como lo tilda la voz narrativa del relato. En este sentido, la risa que emerge de la boca caricaturesca del personaje de ña Chepa es bastante significativa, porque bien podría representar a quien ríe de último porque ríe mejor y devela el engaño; se trata de la risa del desengaño, de la revelación y del fracaso.

La gastronomía, a través del entramado verbal que ofrece la literatura, evidencia una vez más una manera muy particular de entender el mundo, de interpretar la realidad y de asumir y de apropiarse de ese espacio cultural y social en el cual se conforma la identidad. Desde finales del siglo XIX, la identidad nacional costarricense se fragua en los fogones de los menos favorecidos que buscan, de muchas maneras, ascender a otro estatus y lo buscan mediante trampas, engaños, actos fallidos pero en el fondo, lo que corresponde es reír de esa condición, porque quien ríe de último ríe mejor, así como quien come de último come mejor.

El cuento de la identidad nacional costarricense es un platillo de muy compleja elaboración y se ha venido cocinando desde hace siglos en lo más profundo del intercambio social de quienes habitan estas tierras. Desde hace más de un siglo, a los costarricenses se les ha hecho creer que viven en paz y en armonía y se han comido ese cuento sin darse cuenta de que la historia es otra; se insiste en que los costarricenses poseen una identidad que los cohesionan entre ellos mismos y los diferencia de los demás, de los otros; pero la realidad es otra muy distinta, ya que entre los mismos costarricenses hay identidades diferentes y estratos sociales diversos y existe una clase que se esfuerza por ocultar lo que es; esa, precisamente, es la realidad que la literatura y la gastronomía dejan ver con claridad cuando entretejen y entremezclan sus significados.

*¡Buen provecho!*



## **Bibliografía**

- Boudan, Christian. (2004). *Geopolítica del gusto*. Gijón: Ediciones Trea S. L.
- González Zeledón, Manuel. (2001). *Cuentos de Magón*. San José: Editorial Costa Rica.
- Quesada, Álvaro. (1986). *La formación de la narrativa nacional costarricense (1890-1910). Enfoque histórico social*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica.
- \_\_\_\_\_. (2008). *Breve historia de la literatura costarricense*. San José: Editorial Costa Rica.
- Reyes, Alfonso. (1998). *Diez descansos de cocina*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Ross, Marjorie. (2001). *Entre el comal y la olla. Fundamentos de gastronomía costarricense*. San José: EUNED.
- \_\_\_\_\_. (2008). Metáforas de la cocina. Mi viaje por el descubrimiento de la cocina costarricense. En: *Herencia*. Vol. 21(1).
- \_\_\_\_\_. (2009). *Los siete pasos de la danza del comer. Cultura, género e identidades*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica.
- Suárez Granda, Juan Luis. (2003). *Las cucharas de la tribu*. Gijón: Ediciones Trea S. L.
- \_\_\_\_\_. (2006). *El cielo de la boca. Antología del paladar español*. Gijón: Ediciones Trea S. L.
- Vilabella, José Manuel. (2001). *La cocina extravagante o el arte de no saber comer*. Madrid: Alianza Editorial.